LAS DOS MITADES DE UN PERRO DANIEL CALABRESE





Daniel Calabrese



Daniel Calabrese

Las dos mitades de un perro



Colección
Lima Lee




DANIEL
CALABRESE

Daniel Calabrese

Es un poeta nacido en la ciudad de Dolores, Argentina, que reside en Santiago de Chile desde 1991. Ha publicado: *La faz errante* (Mar del Plata, Premio Alfonsina, 1990), *Futura Ceniza* (Barcelona, 1994), *Escritura en un ladrillo* (bilingüe español-japonés, Kyoto, 1996), *Singladuras* (bilingüe español-inglés, Fairfield, 1997), *Oxidario* (Buenos Aires, Premios del Fondo Nacional de las Artes, 2001). Su libro *Ruta Dos* (ed. Aguilar, Santiago, 2013, y ed. Visor, Madrid, 2017) obtuvo en Chile el Premio Revista de Libros. La versión italiana (Roma, 2015) fue nominada al Premio Camaiore Internazionale entre las 5 mejores obras extranjeras. Se publicaron antologías de su poesía en Uruguay, China, Ecuador y Colombia. Traducido parcialmente al inglés, francés, italiano, búlgaro, chino y japonés. Es fundador y director de Ærea. *Revista Hispanoamericana de Poesía*.

Las dos mitades de un perro

Municipalidad de Lima

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Concepto de portada:
Melissa Pérez

Diseño y diagramación:
Ambar Lizbeth Sánchez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Festival Internacional Primavera Poética

Harold Alva Viale
Presidente de la Organización

Comité Consultivo
Carlos Ernesto García (El Salvador)
Roberto Arizmendi (México)
Omar Aramayo (Perú)
Leopoldo Castilla (Argentina)
Omar Lara (Chile)

Director Cultural
Sixto Sarmiento Chipana

Asesor de comunicaciones
Luis Miguel Cangalaya

Jr. Buenaventura Aguirre 395.
Of.: K. Barranco, Lima.

https:/web.facebook.com/fipperu2019/

Lima, 2020

Esta publicación es un esfuerzo entre la Municipalidad de Lima y Primavera Poética para las ediciones de la colección del programa Lima Lee.

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LAS DOS MITADES DE UN PERRO[1]

1 Poemas escogidos de los libros *Oxidario* y *Ruta Dos.*

El regresador

Aquello que terminó
está sucediendo todavía.

Aquel amor que fue, regresa.

Porque todo lo que lleva sangre o música
tarde o temprano se reanuda.

Pero cuidado.
Mi carne te conoce,
mis dedos caminaron ya cien veces
en la luz dormida de tu cuerpo.

Y no es agua la sed.

No basta clavar un puñal en el cielo
para desatar una tormenta.

Cerca del puerto

Pasan los camiones.
Se llega a mezclar el humo del gasoil quemado
con la llovizna fresca de la costa.

No hay poemas perfectos
como el sol, como la sombra.

Y menos que hablen de lugares
cercanos a este puerto donde hace frío,
donde se apilan contenedores blindados
para la gente inestable y para las ratas.

Pasan las dos mitades de un perro.
La primera lleva una cabeza normal, asustada,
la otra se disipa entre la niebla y la sarna.
En la estación lo bañaron con parafina,
seguro que fue el tuerto que limpia los vidrios,
quizás le regaló un pedazo de pan
y le ordenó: ¡basta de morderte!

Que no se turbe el sueño de Pound.
Si los clásicos ya tuvieron épocas
de mayor circulación en América,
al menos aquí, cerca del puerto,
entre la maquinaria envenenada
por la mierda de las gaviotas
(donde pasan las mitades de un perro
esquivando esos camiones de carga),
ya nadie hace las cosas perfectas
como el sol, como la sombra.

Las diferencias entre mi padre y Kerouac

Mi padre nació un año después,
muy lejos, casi a la orilla de esta ruta.

Kerouac no tuvo, a su vez, un padre
nacido en altamar, como mi abuelo.

Y para qué iba a escribir poesía, mi padre.
En cambio Kerouac, entre católico y budista,
excedía todas las fronteras.

Papá tenía una bicicleta roja: eso es viajar.

Uf, ambos detestaron el comunismo.
Creo que si un cruce misterioso
los hubiese reunido en la mesa de algún bar
se habrían reído mucho.

Pero mi padre, que era peronista, se emborrachó
una sola vez en toda su vida.

Comparaciones

Ando en círculos
como si llevara un brazo
cargado de botellas,
como si me pesara más un lado,
como un pájaro que tuviera
solamente un ala.

Vivo en círculos, como un dios errante.

Tantas vueltas que doy.

Como un círculo trazado por un brazo
cargado de botellas,
como un pájaro cuyo vuelo inseguro
dura toda la eternidad,
y su peso prohibido
va del lado del corazón.

Singladuras

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Ella encuentra misterios, llaves
de bronce, palabras, silencio,
porque las húmedas ciudades son baúles
y ella sabe de barcos.

Yo siempre he buscado tesoros
atento al mensaje, al olor de madera
que traen los vientos.
No sé por qué mi cuerpo lleno
de sangre es una copa
o un timón que gira.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

Pero ella pertenece al mundo movedizo.
No teme a los relojes, a los mares, a los trenes.
Si una cadena es música de hierro,

una moneda puede ser el sol
porque las húmedas ciudades se disuelven
y ella sabe de barcos.

Yo soy del cobalto y la ceniza,
un caminante que naufraga en tierra
y se hunde en la avenida lentamente.
Cuando flota la luna sobre el río
con una sola piedra he derramado
su arena blanca en toda el agua.

Ella sabe de barcos,
a mí me ahoga el rumor de la lluvia.

El primer déjà vu

Un caballo sobre la pampa y un árbol.

Un caballo que se mece
con la ternura de un barco.

Un caballo de miel
y dos riendas duras.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

Un caballo de madera
y un árbol partido vagando
por tierras inútiles.

Y recordé cómo fui:
ausente, mecido, triste, líquido.

Qué. ¿No viste la muerte,
cómo cabalgaba?

El ahogado

Deseo aclarar que no fue en un río
sino en la misma tierra donde me ahogué.

El único río que llevo en la memoria
es un estremecimiento
donde las pequeñas cosas se hunden
aunque nunca llegan a desaparecer.

A veces,
se hunden antes de que pase el río.

Y su pedido de auxilio
siempre
llega tarde.

Intocable

Ella está en su lugar
y no hay nada que hacer.
Ni sacarla del mar, ni salir
a terminar con la dureza del sol.

Un deseo no es ley aunque
se pague la culpa matando
a unos cuantos dioses de barro.

Yo la siento y la sentía
como al oxígeno,
como a un cuello de botella
en los puños apretados.

Ella vino a ocupar este lugar
y no hay nada que hacer.
Ni entregarse como un bruto
a los trabajos de la mañana,
ni perder el tiempo armando cartas
o bendiciones públicas.

Ella está en su lugar.
Lo demás es materia de condenados.

La caída

Un hombre se derrumba.
Parece que busca rutas olvidadas, playas,
una siembra, en aquellas regiones perdidas
donde ya no gira más el sol.

Es imposible que yo mismo sea
el hombre que cae por la ventana.

Menos mal que se desplomó
desde su propia mirada
y que una roldana lo desliza
como si sujetara un piano,
mientras la tierra lo baja y lo baja
tensando la cuerda podrida
en un lento teatro de suspenso.

Menos mal que se deshoja
y revela su peso inusitado,
como un Cristo de Grünewald.

Imposible que yo sea el que salta del mundo
y flota unos instantes sobre su propia risa.

El que vuela como volaría un árbol
arrancado por las tormentas
que lavan y deslavan el aire.

Es imposible que yo sea alguna vez
el hombre que cae por esa ventana,
tan extraño, tan nítido.

Bocas

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.

Hay un árbol que se ha muerto
desde hace ya varios años, ahí mismo.

La boca negra como brea.

Por el camino de piedra
va un torrente, apenas.

Y a ella, roja como una boca,
la reecogen con redes del mar.

Un viento duro le derrama los ojos.
Son amantes pero no se aman.

Ella monta una bicicleta de hombre.

Él tiene la boca negra, ella la boca roja.
Y siempre han sabido que las cosas
son lo que son.

Exactitudes

Erik Satie compuso hace más de un siglo
las eléctricas Gymnopedies
y yo, cada cierto tiempo,
las escucho como un sordo.

Para esto suelo sentarme en el jardín
mientras despliego la vista
hacia el fondo de la tarde.

Enseguida viene la perra, que tiene
por costumbre recostarse entre mis pies.

En escasos minutos aprendemos juntos,
en silencio y con paciencia,
nuevas cosas acerca del bien y del mal.

Cuando cesa la música, recogemos la mirada
y cada uno a sus asuntos: a ladrar, a trabajar.

Y una vez más nos olvidamos de todo,
pero no para siempre.

Obra

Esta clase de estructura es muy compleja.
Nunca se construyó algo parecido
y ya sentimos la presión por terminar a tiempo.

El dios de la muerte sigue acumulando muerte.
El dios de la risa sigue acumulando risa.

Iba a ser de hierro, de tungsteno, con los balcones
caídos como las tetas de una perra vieja
y con algunas plantas amarillas por aquí, por allá.

Iba a ser de nada, o tal vez apenas
más concreta: de luz
con ausencia de martillazos y un soporte
que dudamos sublimar entre la música
y los suicidios con gas.

No hubo mejor amor que el de la psicodelia,
pero llegamos a destiempo, ligeramente niños.

El dios del miedo nos vendió los seguros.
El dios del absurdo sigue acumulando gente.

Cortafuego

Ella regresa de sus vuelos por el bosque.
La luz del sol se levanta y borra
los caminos ya trazados por el hacha.

Todo es calma.
Nos rascamos la espalda en el alambrado
como los caballos,
hablamos de la vida no densa,
de los fatigados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían las migas
y de la tristeza urbana.

El hacha desea cortarme los brazos,
tiene la hoja sucia, el mango astillado,
la dejamos tirada a un costado, entre las piedras
y nos preguntamos quiénes somos.

Después de tantos siglos preguntando, ella y yo,
nos hemos convertido en buscadores.
Suena bien: buscadores de profesión,
estamos conformes con eso.

Pero cualquiera busca.
La perra busca, el aseador municipal busca,
el motociclista busca, el envenenado busca,
el bibliotecario, el zahorí.

Dejamos tirada una bolsa de herramientas,
una tijera de podar y los guantes.

Encontradores, tal vez, podría ser,
aunque no todos encuentran.
La perra encuentra, el aseador municipal encuentra,
el motociclista encuentra, el envenenado encuentra,
el bibliotecario, a veces el zahorí.

Y salimos a encontrar
una palabra imposible de hallar con esta búsqueda.

La perra destiñéndose con el humo,
parada ahí: perra negra, sedienta,
con la lengua afuera y rosada.

La vemos hasta que ya no la vemos,
porque hemos resuelto seguir por el sendero
y ella no se atreve.

Tiene miedo a perder su puesto en el mundo,
prefiere la vida exacta frente a una casa de cemento,
adentro de una esfera cerrada de sombras y olores,
porque más allá de esos bordes
comienza el abandono.
Ya no la vemos, pero se la oye aplaudir
en una poza de agua con su lengua
como con una pala de plástico.
Slap slap slap.

Seguimos viajando en esos caminos
que sólo se pueden recorrer bajo sospecha.
Rozamos las espinas, las telas de araña,
las piedras calientes, las babas del diablo.
Y aunque tenemos ganas de dormir
porque el sol agujerea nuestras cabezas
y se nos escapan los sueños,
seguimos adelante.

Todo lo que sucede
sucede entre nosotros,
como el calor, como los sonidos.

Se oye la raíz de los pinos taladrando la tierra.

Se oyen las sombras duras de los cuerpos
cuando pasan por los alambres y se cortan.
Se oye la perra, todavía,
como si tomara sopa a lo lejos.
Se oye la ruta que zumba en el fondo del olvido
y parece una abeja perdida.

Entonces vemos la tormenta de humo
que viene hacia nosotros
y empezamos a cruzar el fuego.
El cielo es un lago negro con un ojo de sangre,
los árboles se encienden.
La veo a ella, que está ahora en varios lugares a la vez,
mientras me quemo como un diario.
Ella, que es tan fría,
abre sus brazos y me apaga.

Hay otros sonidos.
El rotor de un helicóptero que abre la cremallera del aire.
El sonido de la lluvia acribillando el bosque.
El chistido del viento sobre las hojas en llamas.

Y hablamos nuevamente de la vida sutil,
de los matados por el tiempo,
hablamos de los pájaros que se comían la tristeza.

Buscamos la palabra exacta.
La encontramos, la perdemos, la volvemos
a encontrar caída entre la zarza,
ahí donde cayó el hacha cortadora.

Metemos las manos en un espejismo
y ya casi la decimos,
pero se imponen los sonidos cercanos de la ruta
donde pasan otros buscadores
y todo lo que sucede
sucede entre nosotros.

Sueño

El cazador aparta los matorrales
y espera agazapado.

Se cuida de la noche,
ha visto cómo esas luces inexplicables
salen de los pajonales,
parecen ojos que vuelan juntos
en una mirada que patrulla el horizonte circular,
luego se distancian
para ver cada uno lo suyo
sobre la tierra inmensa
y al final se apagan como cigarros
en cualquier parte.

El cazador se duerme junto a un fuego débil
y sueña con aquellas luces.
El campo sigue mórbido bajo la niebla.

Sueña que es el animal más fuerte.

Prodigio

El trabajo de este día consiste
en llevar una piedra de aquí para allá.
Es una roca muy pesada,
más que un buey,
más que una bolsa cargada de lluvia.
Es un agujero prehistórico,
un espejo negro
a punto de tragarse el mundo.

El trabajo de este día consiste
en alzar esa piedra y depositarla
suavemente en el medio del camino
para que se detengan los ciclistas,
se detenga la música de fondo,
se detenga la Ruta Dos
a la hora señalada por las arterias rojas.

Y cuando todo esté detenido,
entorpecido por la piedra,
detenidas las generaciones ilustradas y piadosas,
detenido el amor entre las cosas naturales

y las cosas manifiestas,
el trabajo, entonces,
consistirá en sacarla de ese lugar,
levantar la piedra nuevamente, con los ojos cansados,
y enterrarla por ahí, en la nada,
en ese lago de cerrada indiferencia
donde cruje la cama, alumbra el televisor,
brillan los motores,
cae el vino adentro de la luz,
se pudren la memoria y las conversaciones tristes,
y se hunden, con la piedra,
en la más completa extinción.

Los olores del pueblo

El olor del perro mojado por la lluvia.
El olor a sopa en la casa del herrero.
El olor y el peso de la ropa húmeda.
El olor a pasto recién cortado.
El olor a kerosén del Bram Metal.

El olor de la grasa en los fierros del tren.
El olor a jazmín de esas noches calientes.
El olor del cielo, que cae.
El olor a encierro que sale de mi pieza oscura.

El olor del auto nuevo.
El olor de la marcha indecisa por la ruta.
El olor de la escala moral.
El olor a té de tilo.

El olor del agotamiento espiritual.
El olor de la botellita de cognac.
El olor a basura en el sifón del lavaplatos.

El olor a Dios,
cuando se empieza a descomponer y no para.
El olor del vacío.

Cuidado con la realidad

Esto es un paisaje real.
Las cosas suceden como debajo del agua,
los sonidos, tu voz, aquellos motores
que arrastran sus cargas pesadas en la ruta,
la respiración del semáforo, una luz,
la hiedra apretando la noche,
otras luces redondas en la plaza,
el aura densa de todos los objetos, como ungidos,
y las columnas, bajo la humedad de un cielo
donde retumba cada paso.

Es un lugar tan real
que todo se muestra
como si existiera dos veces.

No hay vacío,
el exceso de materia no deja sitio para respirar
y entonces, cualquiera,
bajo la luz quebrada de estas ramas,
en este fondo cálido de pantano citadino,
cualquiera, digo, se vuelve un pez.

Es un paisaje demasiado real,
aunque un vidrio nos separe
de los roces cotidianos,
aunque estemos sentados frente
al mundo que, en cualquier momento,
se desintegra con apenas un corte de luz.

La carrera

Era la tierra.
Una simple expresión del alimento
con las cruces, los árboles,
sus pájaros migratorios,
el carbón escondido en la maleza.

Todos los años nos sentábamos
en un bote abandonado a la orilla del campo
y remábamos un rato,
todos los años,
cada día primero de noviembre.

El bote no avanzaba mucho
sobre el camino de greda.
Apenas unos metros, con esfuerzo,
y entonces nos sentíamos tan cansados,
listos para olvidarnos del amor, de las llagas,
de los perros que ladran en el pecho.

Dimos muchas vueltas alrededor del sol
en ese río de barro trajinado
contra una luz espesa.

Ahora eché raíces en el tiempo.
Ahora estoy quieto y es mejor que sigas
viajando hacia atrás
como viajan los postes, como viajan
las piedras oscuras de la orilla.

Mejor que te quedes tranquila
porque va muy lento el horizonte
y cuando por fin entiendas la carrera
estaremos listos,
fugados del terreno pegajoso,
donde sufren los ojos y se apagan las manos.

El segundo óxido

Del húmedo bandoneón
brota una especie de letanía.
El teclado húmedo escribe las cartas
más lentas y ahora
las fotos húmedas bajo la lluvia
quedaron así.

Se oxidaron los broches
los botones de las camisas
y las cuerdas entorchadas de la guitarra.

Se oxidaron los anteojos.
La luz de las avenidas es como la del infierno.

Se oxidaron tus ojos
de tanto mirar los barcos.

Tus labios se oxidaron y marcaron mi frente.
Se oxidó el reloj, se detuvo el tiempo.
Oxidados son los desaparecidos,

las cruces, los perros buscadores,
las bolsas de huesos.

De los cuchillos enterrados no quedó nada.
Se oxidaron los paraguas, los anzuelos,
los peces de hierro y la fuente de la plaza.

Del húmedo bandoneón
brota una especie de escritura.
El teclado húmedo toca las melodías
más lentas y ahora
las fotos húmedas bajo la lluvia
quedaron así.

Chatarra

Nos alejamos del letrero Zona Urbana.
Buscábamos calles abiertas, largas vidas,
hilos de cobre, vías de ferrocarril.
Alambrados con pájaros,
que son como pentagramas,
espinas de pescado atravesadas
en la garganta.
Queríamos un horizonte,
el rastro enfermo que viene dejando el sol,
líneas de cebra, de babosa, bancos
de plaza pintados en la espalda
y la espuma que deja cuando rueda
una lata de cerveza.

Hay mucha gente en esos trenes oxidados.
Una gota de sudor les corroe la vida
más que todo un mes de lluvia.
Los chicos van mutando, tienen los dedos
como tornillos, vuelan entre chimeneas de latón.

Las ventanas dan a un río de chatarra.

Adivinen el color de los ángeles ahí.

Pedazos de autos, latas de pintura,
rollos de alambre, viruta,
los restos de un cartel y su modelo
deshaciéndose como un cadáver.

Adivinen el color de los ángeles ahí.

Los esqueletos de las bicicletas
y todo lo que el trabajo de la lluvia
y sus líneas incontables trataban de soldar.
Importante es el aire que separa
los alambres del agua.

Qué hermoso es vivir a la orilla de un río.
Las vidas son interminables.
La sabiduría es grande.

La enumeración

Once amigos y un traidor.
Un río extraño:
tal vez más ancho que largo.

Miles de calles cruzándose
y buscando el infinito
(sin embargo era una sola
y regresaba al origen).

Buena sangre,
para que circule la memoria.
Mala sangre,
para que además de circular
la memoria te haga luchar por algo.

Doscientas viejas cúpulas
y hasta ahí alcanzaban mis ojos
en esos años en que no sabía
alzar la vista.

Diez horas de ceguera
y los ciegos llenos de mi piedad relojera.
Un sombrero arrugado y vacío.
Una mesa, un paño,
un hombre encarcelado por la luz,
soñando con las brasas de una palabra lejana.

Agua, aire, tierra y fuego:
el ladrillo tiene los cuatro principios
(podemos construir,
estamos aptos para la escritura).

Mucha lluvia todo el año,
así la ciudad que uno toca y oye
metido en el óxido
pueda verse cada día.

Once poetas, un traidor.
Una fosa.
Dos bolsas de huesos encontrados con las manos.
Un perro que entiende los ojos del hombre
y la tristeza del río que se trepa en la mirada.

Una mujer de hierro en cada plaza,

y que la lluvia tarde siglos
en llegarle al corazón.

Una mujer de hierro al costado de la vía.
esperando de su amor un fuego irreal,
con dos guantes de amianto.

Treinta libros viejos,
la mitad leídos, la mitad hecha pedazos.
Una rueda de hombres ocultos
tratando de encerrar el tiempo.

Once músicos, un traidor.
Cuatro estrellas y una cruz: el Sur.
La mitad redonda de una naranja.
El tratado de Piazzolla sobre esta ciudad,
y un cielo para las cosas: la tierra,
porque todo ahí es verdad.

El movimiento indiscutible de las piedras,
los mares y los zapatos.
Los surcos en las caras de los viejos.
Una permanencia que, hasta ahora,
no se mezcla entre la gente.

El zapatero y todos los que puedan
ver las cosas con su propia luz.

Dos cuerpos: dos y dos
el que traemos puesto
el que llevamos para el impacto,
el otro, el otro,
y cuando se junten esos cuatro
sean dos (y dos en el espejo), dos
subiendo la escalera tomados de la mano
metidos en un solo cuerpo, cuatro piernas,
dos cabezas (ese monstruoso amor).

Aquello que terminó
está sucediendo todavía.

Aquel amor que fue, regresa.

Porque todo lo que lleva sangre o música
tarde o temprano se reanuda.



Colección
Lima Lee

